

Beatriz Olivenza

*Mamá duerme  
la siesta*

XXXII PREMIO FELIPE TRIGO  
DE NARRATIVA CORTA



algaida

Beatriz Olivenza

Mamá duerme la siesta

**algaida**

## XXXII PREMIO FELIPE TRIGO DE NARRACIÓN CORTA

Un jurado presidido por Clara Sánchez Muñoz y compuesto por Isabel Rivera Manzano, Jan Joscha Finger, Noemí G. Sabugal, Bernardo Pilatti, Isabel Román Román e Isabel M.<sup>a</sup> Pérez González otorgó a la novela *Mamá duerme la siesta*, de Beatriz Olivenza, el XXXII Premio Felipe Trigo de Narración Corta, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

## Contenido

*1. Niños*

*2. Un sitio vacío*

*3. Diario de abril*

*4. A espaldas de mamá*

*5. Un papel amarillo*

*6. El jardín de atrás*

*7. Un desconocido tras la puerta*

*8. Sobre el agua*

*Créditos*

# 1

## Niños

A todo el mundo le gustan los niños. Quién se atrevería a decir lo contrario. Y, sin embargo, qué aterradores pueden llegar a ser.

A determinadas horas están por todas partes. Salen de los portales tirando de sus carteras con ruedas, vestidos con su chándal de deporte, con su *baby* de rayas asomando bajo el anorak. Se dirigen en riadas hacia la escuela, de la mano de sus padres y abuelos, que los arrastran como a un peso muerto ahí detrás, siempre remolones, todo el rato desviándose del camino recto, entreteniéndose con cualquiera que pase, mirando insolentes desde su altura, a ras del suelo. Parece que conocen el secreto, estas criaturas diminutas, de quien, como él, lucha por abrirse paso entre ellas a zancadas, por salir huyendo calle adelante, sin mirar nunca hacia abajo, hacia sus caras relucientes, vueltas hacia lo alto en un gesto de interrogación. Y qué pesadilla, los mediodías: ese momento en que el ruido de tráfico y transeúntes se queda un instante en suspenso para que en el inesperado silencio se oiga el sonido vibrante de cientos de timbres, de las cientos de escuelas que en ese instante abren sus puertas y dejan escapar un río salvaje, de pequeños greñudos con el *baby* sucio y el bajo del pantalón descosido, que corren hacia sus familiares con las bocas abiertas de par en par, riéndose, gritando, llorando, contando a borbotones lo sucedido en las horas que han pasado separados, y de pronto sucede que las calles son suyas y no hay sitio por donde escapar; si acaso queda meterse de rondón en un portal ajeno y fingir que se busca un nombre en los buzones, y taparse mientras tanto los oídos o cantar muy fuerte para no oír el concierto de voces agudas que ha conquistado la calle.

Hay épocas del año en que el peligro se extiende a cualquier hora del día: las vacaciones, esos largos meses en que las escuelas se clausuran y vomitan al mundo su carga de seres inquietos que corretean con piernas de cervatillo arriba y abajo, por las aceras, por los parques y supermercados. Qué época terrible, en la que él va del trabajo a casa y de casa al trabajo con los ojos clavados en el suelo delante de sus pies, y el sudor le corre frente abajo cuando en su reducido campo visual entran unos piececitos calzados con unas zapatillas de colores, de talla inverosímil, porque sabe que sólo con alzar la vista unos centímetros se encontrará con el cuerpo reluciente, apenas cubierto por el atuendo de verano, o con el pelo mojado por el baño que deja caer una gota tras otra sobre la espalda dorada por el sol, de una belleza insoportable.

Y qué vida injusta, en definitiva. Huir así, constantemente; cambiar de acera frente a piscinas y parques infantiles, bajarse de golpe del autobús ante la entrada de una bulliciosa fila de hermanos, rechazar invitaciones a fiestas familiares. Y siempre el miedo, y la prevención, y la vergüenza. Terrible injusticia, en fin. Cuando la realidad es que a él los niños no le disgustan. Bien al contrario.

## Un sitio vacío

La primera mañana en que se encontró vacío el puesto de Joaquín, anduvo algo inquieta durante un par de horas, convencida de que, de un momento a otro, iba a verlo entrar corriendo con ese aire suyo taciturno, con la cabeza gacha, rehuendo los ojos de los compañeros para no dar explicaciones por el retraso. Era un lunes de finales de abril, y la única vez en todo el año que Joaquín no había llegado puntual al trabajo. La novedad la tuvo desconcertada hasta la pausa del café. No fueron muy felices sus operaciones telefónicas aquella mañana: más de diez interlocutores cortaron la comunicación sin previo aviso, un adolescente se burló de su acento, un hombre de vozarrón destemplado la llamó *sudaca de mierda* antes de colgar. Sólo un ancianito escuchó en silencio religioso las cualidades de la nueva y ventajosa tarjeta de crédito, que ella le expuso algo aturullada, hasta que un tenue silbido al otro lado del hilo le indicó que su interlocutor se había quedado dormido.

A eso de las once se convenció de que su vecino de puesto debía de andar enfermo y ya no vendría. Tuvo entonces que luchar contra la tentación de telefonarle, *también son ganas de seguir colgada del teléfono en mi pausa para el desayuno*, bromeó consigo misma. La razón era otra, en realidad: podía adivinar el azoramiento de Joaquín al recibir su llamada, su incapacidad para encontrar palabras con las que corresponder a su interés, su voz de niño asustado agradeciéndole la cortesía pero deseando colgar para volver a refugiarse en su silencio. No llamó.

Al día siguiente, la jefa anduvo remoloneando por entre los puestos de los operadores y se dejó caer varias veces por el de Joaquín, hurgando con sus dedos de uñas larguísimas las filas de notas pulcramente ordenadas sobre su mesa. En una de esas, se inclinó hacia ella y le habló al oído:

—Gabriela, ¿tú sabes algo de Joaquín?

Ella andaba en esos instantes cantándole a su interlocutora telefónica los loores a un apartamento en multipropiedad que podría corresponderle con una sencilla operación, así que se limitó a mover la cabeza en sentido negativo. Leyó la contrariedad en los ojos de su jefa, que en seguida frunció los labios con un gesto que ella le conocía bien y se alejó taconeando. Era la única persona capaz de hacer resonar el ruido de sus zapatos sobre aquel suelo cubierto por moqueta. Gabriela se volvió para verla alejarse: a medida que avanzaba entre las filas, los rostros de los teleoperadores se iban quedando congelados, los labios petrificados en la pronunciación de un sonido, apenas unos segundos, los suficientes para comprobar que aquella mujer terrible pasaba de largo. Gabriela se asustó. En cuanto pudo, se refugió en el cuarto de baño y llamó a Joaquín con el móvil. Nadie descolgó el teléfono, saltó el contestador. Insistió un par de veces más y al final le dejó un mensaje atropellado:

—Joaquín, qué tal estás, soy Gabriela, del trabajo, estamos preocupados por ti.

No es que los demás lo estuvieran mucho, en realidad; allí nadie tenía tiempo ni ánimos para echar de menos a nadie. Tan sólo Gabriela sentía que, faltando Joaquín, aquella sala enorme y enmoquetada, en la que se mezclaban decenas de conversaciones sobre productos en oferta, se volvía definitivamente un lugar frío e inhóspito. Joaquín hablaba poco, era verdad, y no contaba nunca intimidades, pero la había ayudado mucho al principio, cuando las cosas vinieron tan mal

dadas, e incluso, y eso nadie lo sabía, la había dejado dormir un par de noches en un sofá cama de su salón, antes de que ella consiguiera un huequecito en un piso compartido. Y era el único compañero que le preguntaba por su tierra, por su niño Rafael, que se había quedado al otro lado del océano, al cuidado de su abuela, y con el que Gabriela sostenía conversaciones apresuradas, llenas de interferencias, todos los domingos desde la cabina de un locutorio.

De pronto, un sentimiento de culpa se le vino encima y la dejó paralizada, allí en el cuarto de baño, frente a la hilera de cuatro lavabos gemelos. Se miró en el espejo, avergonzada. No se había acordado de Joaquín desde el día anterior; era la única persona que le había demostrado interés y generosidad desde que llegó a España, y ella se había sacudido su preocupación por él en cuanto salió del trabajo, y en su lugar había estado rumiando sus asuntos: las peleas con los compañeros de piso que armaban ruido y no limpiaban los espacios comunes, las piruetas económicas para llegar a fin de mes, las suspicacias de la propietaria, que nunca estaba contenta con los plazos del pago del alquiler. Tal vez estuviera enfermo, tal vez tuviera un problema familiar, pero ella no se había preocupado de averiguarlo. Ahora se daba cuenta de que últimamente Joaquín se había mostrado extraño, más nervioso que de costumbre, y que ella lo había descubierto en varias ocasiones mirándola de reojo desde el puesto vecino, como pidiéndole ayuda, como lanzándole un cabo que ella no quiso recoger. Haciendo un esfuerzo, creía recordar que uno de los últimos días que vino al trabajo, el jueves o tal vez el viernes, él había intentado varias veces aproximarse, como para iniciar una conversación, y ella, que estaba con la cabeza liada en mil cosas, había tardado tanto en contestarle que él le había respondido: *Nada, déjalo, Gabriela*.

—Déjalo, Gabriela —se estaba diciendo a sí misma, mirándose muy seria en el espejo, cuando oyó los pasos de la jefa que se acercaba y se puso a lavarse las manos a toda velocidad antes de volver a su puesto, no fuera a ser que le llamaran la atención por entretenerse demasiado. No sería la primera vez: en alguna ocasión había aguantado una catarata de reproches a pie firme en aquel mismo lugar, sin reunir valor siquiera para cerrar el grifo ni secarse las manos.

A todos les sería muy fácil odiar a la jefa de no ser por las historias que corrían por la oficina; al parecer había perdido a su único hijo unos años atrás, víctima de un accidente terrible que nadie era capaz de precisar. Se hablaba de ahogamiento, unas veces en la piscina y otras en un río, de un juego peligroso en compañía de otros niños o de un exceso de sol o de un corte de digestión. Aquella noticia difusa disolvía la enemistad de las filas de teleoperadores como por ensalmo: algunos sentían una conmiseración silenciosa, otros la disculpaban con un *ya se sabe, el sufrimiento puede cambiarle a uno el carácter*. Pero lo cierto era que nadie recordaba cómo era aquella mujer antes de la desgracia. Gabriela habría querido ser de los que se apenaban, pero la idea del hijo muerto le producía un terror supersticioso. Cuando la jefa posaba en ella su mirada taladrante, empezaba a darle vueltas a la idea de perder a su niño Rafael, qué vida absurda era aquella, en que un rato de diversión se llevaba a los muchachos ya crecidos y bien criados, y del pánico de imaginarse a su niño nadando en una simple charca se le dilataban las pupilas y la respiración se le entrecortaba, y la jefa daba por terminada su recriminación a aquella empleada que, no había más que verle la cara de pánico, había aprendido lo que no debía volver a hacer.

Esa tarde, Gabriela se atrevió a curiosear entre las notas que poblaban el puesto de Joaquín. Todo lo tenía apuntado en papeles amarillos adhesivos de distintos tamaños; poseía el orden y el método que a ella le faltaban. Una fila de notas cuadradas que bordeaban su mesa dejaba ver una sarta de consejos: *Saludar jovialmente y sin esperar respuesta. Si descuelga un hombre, preguntar por la señora de la casa. Si descuelga un abuelo, quedarse con él; los abuelos son los mejores*. Algunos papeles habían desbordado el tablero y descendían pegados a la pata de la mesa, como una hilera de hormigas: *No dejar tiempo para colgar. No darse por aludido frente a*

*la hostilidad y el rechazo. Variar el tono de voz para no aburrir. A la primera oportunidad, pedir el número de cuenta.* Luego estaban los papeles alargados, algo más grandes, que contenían anotaciones sobre las llamadas realizadas: números de teléfono en los que había que insistir, cuestiones horarias, comentarios sobre el posible cliente. Los había de muchos tipos: *Viejecito cordial, pero ojo con la nuera. Tipo con malas pulgas. Señora con ganas de hablar, pero poco dispuesta a la compra.*

El miércoles por la mañana vino la policía. Gabriela llegaba tarde al trabajo. Llevaba toda la semana durmiendo mal, no hacía más que darle vueltas a la conversación del domingo anterior con su niño Rafael, a las mil cosas que se habían quedado sin decir, a los silencios infantiles al otro extremo del hilo que quién sabía lo que podían significar. Esa mañana, tras una serie de noches agitadas, finalmente se le habían pegado las sábanas. Entraba en la oficina, apurada y furtiva, y ya desde la puerta los vio, parados junto a su puesto, iluminados por la luz de los fluorescentes. Uno traía corbata y chaqueta, muy arrugada, y se secaba todo el rato el sudor de la frente. El otro era más joven e iba en mangas de camisa; tomaba nota de todo, lo toqueteaba todo. A Gabriela la visión le trajo recuerdos indeseados; habría querido no llegar nunca hasta su mesa, pero no pudo dejar de avanzar entre las filas de operadores que la observaban. La luz de la oficina se volvió más amarilla que nunca y las conversaciones telefónicas parecieron congelarse. La jefa la presentó; estaba nerviosa, se atropellaba al hablar.

—Gabriela Bernal, es su compañera de puesto. Y quien más lo conoce. Entraron casi a la vez.

El policía mayor la llevó a un aparte para hacerle unas preguntas; antes de salir, Gabriela echó un último vistazo al joven, que revolvía las anotaciones del puesto de Joaquín, tan pulcramente colocadas. El policía de la chaqueta arrugada se metió con ella en el despacho de la jefa; Gabriela, que nunca entraba allí, no sabía si sentarse o quedarse de pie, y al final se apoyó a medias en la mesa, con las piernas temblorosas y el bolso muy apretado contra el costado. El hombre la tranquilizó: a Joaquín Solís no le había pasado nada, al menos que supieran, pero no se tenían noticias de él desde hacía unos días, le agradecerían cualquier información. Le preguntó sus datos y ella se los dio esforzándose por hablar con voz clara y bien modulada. En cuanto el policía captó la cadencia de su castellano la interrumpió:

—¿De dónde viene usted? ¿De Ecuador, de Colombia?

Gabriela sintió que algo descomunal como una viga se le colocaba de través en la garganta; tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para responder:

—De Cochabamba, Bolivia, señor.

Por alguna razón, aquello pareció interesar al hombre, que empezó a indagar sobre el tiempo que llevaba en España, sobre los trabajos que había realizado, sobre su familia al otro lado del charco. Gabriela luchaba por pronunciar cada sílaba con orden y claridad, mientras un miedo antiguo se la comía por dentro:

—Pues señor, llevo dos años. Antes que aquí trabajé en el servicio doméstico. Mi esposo falleció, señor, tengo a mi hijito y a mi mamá en Cochabamba, yo querría traérmelos conmigo.

Sintió tentaciones de gritarle:

—Los papeles están en regla, señor, todos los papeles, y el contrato, y el permiso de residencia, no sabe usted las colas y las esperas, yo lo único que quiero es enviarle dinero a mi hijito, allá en Cochabamba.

No lo hizo, sin embargo, y se limitó a quedarse sin saber qué decir, completamente descolocada, cuando el policía le preguntó cuál era su relación con él.

—Mi relación con quién, señor.

El hombre suspiró, nada paciente; el tema de la nacionalidad de Gabriela había perdido de

repente todo interés para él y sólo quería reunir datos sobre Joaquín Solís: cómo era su relación con él, había estado alguna vez en su casa, conocía a sus amigos, sus parientes, el número de su móvil. Gabriela notó que las piernas se le aflojaban después de la tensión y tuvo que sentarse sobre el tablero de la mesa, con los pies colgando, como una niña.

—La relación normal entre compañeros, señor. No, no conozco a sus amigos ni parientes. ¿Teléfono móvil? Yo no sé si tiene, a mí no me lo dio. Su casa... yo sé dónde vive, pero nada más, señor.

Ella misma no sabía por qué estaba mintiendo, pero cómo contarle a aquel policía de ojos de perro que había dormido en el sofá de Joaquín una temporada en que no tenía dónde meterse, qué pensaría de ella, irse así a dormir con cualquiera, ella que había estado casada desde tan joven y que ya era toda una señora viuda. Se puso a buscar un pañuelo de papel en el bolso para ocultar un instante la cara; además, de los nervios empezaban a correrle frente abajo unos goterones de sudor que amenazaban con metérsele en los ojos y nublarle la vista. Entonces fue cuando el policía le hizo la última pregunta:

—¿Se ha puesto Joaquín Solís en contacto con usted en los últimos días?

Gabriela se lanzaba ya a contestar que no cuando una imagen se le iluminó en el cerebro como un relámpago. Una pantalla de ordenador, un mensaje. Lo había olvidado.

En aquel preciso instante, el ruido metálico de un objeto que se había volcado sobre la mesa vino en su ayuda. Con la cara semioclulta por el pañuelo de papel, miró hacia atrás y vio que había golpeado con el bolso un marco de fotos. Lo puso en pie con la única mano libre, fingió preocuparse por colocarlo con esmero. Desde la imagen enmarcada, un niño pelirrojo sonreía a la cámara con encantador desparpajo infantil. Gabriela pensó: *El niño de la jefa. El niño ahogado.* De la congoja se le crisparon los dedos y el retrato volvió a volcarse sobre la mesa. El policía acudió en su ayuda mientras repetía su última pregunta; se le veía impaciente, aburrido ya del interrogatorio. Gabriela terminó de sonarse lentamente, a conciencia, y recompuso el rostro en un gesto inocente, bobalicón. Tiró el pañuelo a la papelera.

—No, señor, Joaquín no se puso en contacto conmigo. Yo lo llamé a su casa varias veces, pero nunca contestó. Es raro, señor, él nunca falta al trabajo. No sé más, señor, ¿puedo volver a mi puesto? —concluyó, mientras intentaba bajar de la mesa y apoyar los pies en el suelo, que le parecía de pronto lejano, inalcanzable.

Salieron del despacho a la vez: el policía se reunió con su compañero y algo departieron en la puerta con la jefa, que se apartaba una y otra vez el pelo de la cara, en un tic nervioso. Gabriela se dirigió con las piernas rígidas a su puesto. El de Joaquín había quedado despojado de sus notas y se veía extrañamente vacío, impersonal. Se colocó los auriculares y rebuscó entre sus papeles el primer número de la mañana, lo marcó y comenzó a hablar mecánicamente:

—Buenos días señora, me podría dedicar unos instantes de su tiempo, muchas gracias.

El eco de su reciente mentira le retumbaba tanto por dentro de la cabeza que tenía casi que gritar para oírse a sí misma, no parecía ella, siempre tan dulce que no había interlocutor que se le resistiera. Ahora la voz le salía áspera, a empujones, luchando por imponerse a la cantinela que resonaba por debajo, todo el rato: *No, señor; Joaquín no se puso en contacto conmigo, no se puso en contacto, no señor.* Lo había olvidado y ahora no podía quitárselo de la cabeza: el domingo anterior, antes de salir del locutorio, anduvo trasteando por su cuenta de correo electrónico para leer los mensajes de la semana, toda su familia de Cochabamba se había modernizado y le escribían textos dificultosos, plagados de vacilaciones. Había uno con un remitente extraño al que apenas prestó atención; ya se le acababa el tiempo de uso de Internet cuando lo abrió y vio que era de Joaquín, unas líneas apenas y un archivo adjunto de varias

páginas que no tuvo tiempo de leer, con un título que no recordaba, algo de un mes, marzo o abril, pero como a ella la angustia de oír al niño Rafael tan lejos la tenía trastornada lo cerró sin más consideraciones y lo olvidó de inmediato. Tenía que volver al locutorio en cuanto pudiera, mejor leerlo ella antes que correr tras el policía de la chaqueta arrugada, cómo reconocer que le había mentado, no entendía cómo había podido ocurrir, ella jamás ocultaría información de esa forma a la autoridad, ella era siempre legal y tenía todos los papeles en regla y sólo quería trabajar y guardar dinero para que el niño Rafael no sonara tan lejos y tan desconsolado, domingo tras domingo, a través del teléfono.

## Diario de abril

Lunes, 3.

Me gusta mi trabajo. La sala enorme, llena de gente que se ignora entre sí, poblada de conversaciones en las que nadie contesta a nadie. La luz artificial, reluciendo sobre mesas y papeles, desde primera hora de la mañana; las personas y las cosas adquirimos un aspecto irreal bajo la luz amarillenta de los fluorescentes. El aire acondicionado, las ventanas cerradas. Las cortinas gruesas y opacas, con polvo de décadas. La moqueta que amortigua las pisadas. El mundo real queda fuera, muy lejos. ¿Me gusta mi trabajo?

Pero no. Vuelvo a empezar: necesito mi trabajo. Necesito esa sala enmoquetada de iluminación irritante, esas voces continuas que ocultan cualquier charla de verdad. Nadie mira a nadie, nadie conoce a los demás. Me encierro allí cada mañana y me siento protegido, a salvo de esas pequeñas criaturas que pululan por las calles y cuya simple visión me hace temblar. Mi puesto de trabajo, en mitad de esa sala impersonal, me aísla de ellas.

Me aislaba.

En tiempos, tuve una nota sobre mi mesa de trabajo que decía: *Si descuelga un niño, preguntar por su mamá*. La quité. No me gustaba verla. Tal vez debería pegar en su lugar otra que dijera: *Si descuelga un niño, no ponerme a temblar. No tartamudear, no frotar las palmas sudorosas contra los pantalones. No mirar de reojo a los compañeros*.

Ocurre pocas veces. Casi siempre llamo en horario escolar, me responden sobre todo amas de casa y algún abuelo desesperado de puro aburrimiento, con frecuencia duro de oído. Pero cuando sucede, ay cuando sucede: esas vocecillas quebradizas, esa entonación mimosa, o vivaz, o desvalida, esas boquitas rozando, besando casi el auricular, y yo tengo que agarrarme las manos para que el temblor no me delate, y juraría que todos los pares de ojos de la habitación están fijos en mí, y sólo puedo cortar la comunicación y hundir la cabeza en la mesa para que nadie me vea respirando a boqueadas el aire que me falta. Entonces me concentro en el ruido de las conversaciones que tienen lugar a mi alrededor, que son como el zumbido de un insecto gigante, y comprendo que nadie me atiende, y el ritmo de mi corazón se va acompasando, poco a poco. También me ayuda clavar los ojos en las cristaleras de las ventanas, tan gruesas, cerradas siempre a cal y canto. Entonces vuelvo a controlar la respiración. Estoy a salvo.

Esta mañana ha sido diferente, al principio. Cuando contestó a mi llamada, me pareció una voz sin edad, atiplada, como de grabación antigua. Vacilé unos segundos: tal vez una mujer mayor, tal vez una jovencita; no quise pensar en otra posibilidad. Pregunté, como siempre, por la señora de la casa, y mi interlocutor se quedó mudo. Pasaron los segundos, repetí la pregunta y tampoco hubo contestación. Entonces comprendí la verdad y mis manos empezaron a cobrar movimiento propio, a pasearse temblorosas por la mesa: un niño pequeño, agarrado al auricular, respirando junto a mi oído, sin comprender bien mi pregunta, sin saber qué responderme. Se lo dije de otra forma:

—Dime, ¿está tu mamá en casa?

Noté que se relajaba, hasta hubo un sonido que se correspondía con una sonrisa. Contestó al fin:

—Sí está —y se quedó callado de nuevo.

Lo oía respirar tan cerca como si estuviera sentado en el sitio de Gabriela, mi compañera del

puesto de al lado. Tuve la tentación de colgar pero algo me lo impidió, esa respiración infantil, entrecortada, tan pegada a mi oreja: habría sido como empujar al suelo a un chiquillo al que se tiene aupado sobre las rodillas.

—¿Se podría poner tu mamá? —creo que pregunté, apretando los nudillos contra la mesa.

Entonces, aquel extraño niño de voz antigua pronunció al fin una frase completa.

—No, no puede ponerse —dijo. Y aclaró, orgulloso de aportar un dato tan importante—: Mi mamá está durmiendo la siesta.

Conseguí sonreír con bastante esfuerzo, me disculpé por el ruido que habría causado el timbre del teléfono, prometí volver a llamar más tarde, me despedí. Cuando colgué, tardé un buen rato en poder hacer otra llamada, y anduve ordenando papeles sobre la mesa para disimular. Entonces me di cuenta de la hora que era: las diez y media de la mañana; extraño momento para dormir la siesta. Una nota adhesiva pegada al borde derecho de la mesa parecía hacerme un guiño con su mensaje: *Si el cliente miente, fingir que no nos damos cuenta*. Sonreí, esta vez con ganas, y me dispuse a continuar con mis llamadas. Hablé con muchos adultos, en su mayoría mujeres, algunas amables, muchas apresuradas y deseosas de cortar la comunicación. Sus voces ocuparon durante un instante mi mente y luego desaparecieron sin dejar rastro. Lo que ha permanecido el día entero, lo que sigo sintiendo en estos momentos cercanos a la medianoche, es el sonido entrecortado, íntimo, de una respiración infantil, muy cerca de mi oído.

Miércoles, 5.

Ha vuelto a suceder. No ha sido algo voluntario; yo no recordaba su número, no asociaba esas cifras con la voz metálica, frágil, de campana rota. Pero el número estaba en la lista de llamadas pendientes, rodeado por un círculo rojo: algún otro operador ha debido de intentarlo sin éxito y lo ha dejado así, señalado en rojo, esperándome.

En cuanto he reconocido la voz quebrada, como salida de un gramófono, he clavado los ojos en mis manos. Cosa curiosa: me ha parecido que me temblaban un poco menos que la vez pasada. He fingido no reparar en la edad de mi interlocutor, le he preguntado, muy solemne, por la señora de la casa. Se conoce que el crío se ha aprendido la lección del otro día y me ha contestado de un tirón, sin vacilar, que su mamá no podía ponerse en ese momento. Me he ofrecido entonces a volver a llamar más tarde; él se ha lanzado a contestar con tanta vehemencia como si lo hubiera ofendido.

—No, no, dentro de un rato tampoco se podrá poner —ha dicho en tono terminante. Y ha añadido, como si eso fuera la raíz y explicación de todas las cosas—: Mamá duerme la siesta.

Según mi reloj de pulsera, faltaban diez minutos para mediodía; me he echado a reír, ya francamente, ante el celo del chaval, adiestrado sin duda para servir de filtro a llamadas importunas. Deseoso de continuar la conversación, he desplegado frente a él la mejor de mis promesas comerciales, ese apartamento en multipropiedad en la playa, tan fácil de conseguir: bastaba con ponerse al teléfono y responder a mis preguntas. El niño me dejaba hablar, probablemente sin comprender casi nada, aunque la mención de la playa le ha entrecortado la respiración varias veces. *Bañarse en el mar*, he creído entender que murmuraba en un momento dado. He interrumpido mi explicación, le he preguntado si le gustaba bañarse.

—Yo tengo una piscina —ha dicho a modo de contestación. Y ha añadido, con orgullo infantil:

—En el jardín.

Me he admirado de su buena suerte; le he dicho que yo vivo en un apartamento pequeño y que nunca voy a la piscina, pero que me gusta mucho nadar, es de los mayores placeres, meterse en agua fresca cuando hace calor. Mientras le voy contando, acude a mi cerebro la imagen de una

espalda infantil dorada por el sol, con una gota de agua que recorre lenta, demoradamente, la piel bronceada. Sacudo la cabeza para alejar el pensamiento y vuelvo al tema que me ocupaba: sería estupendo si su mamá pudiera ponerse al teléfono, tal vez el próximo verano estarían los dos nadando juntos en la playa. Se le oía especialmente triste cuando, al terminar mi discurso, ha vuelto a insistir: no, era imposible, su mamá no se podía poner. Su mamá estaba dormida.

Nos hemos quedado callados los dos, unos segundos. Ni un ruido, ni una voz, ni la menor señal de actividad en la casa del niño. He sentido frío, de pronto, y se me han agotado las ganas de conversación: he prometido volver a llamar, me he despedido. Nada más colgar, me he vuelto hacia la operadora del puesto vecino y le he preguntado si hoy era fiesta escolar. Se me ha quedado mirando en silencio, con sus ojos mansos y oscuros, y entonces me he dado cuenta de que tiene a su único hijo en América y vive en un piso atestado de inmigrantes, en una habitación compartida con otras dos mujeres. Me ha dado tal vergüenza que he cambiado de tema, no recuerdo qué le he dicho ni qué me ha contestado, y mientras, sólo sé que he buscado una de mis notas adhesivas y he copiado el número que acababa de marcar y debajo, con letras mayúsculas, he escrito: *MAMÁ DUERME LA SIESTA*. Me he traído la nota a casa. Metido en la cama, jugueteo con ella, me la pego en una mano, la despego, la vuelvo a pegar.

Jueves, 6.

Qué curioso, recuperar esta vieja costumbre del diario. En tiempos fue un cuaderno de color marrón con hojas amarillas de papel reciclado. Eso fue antes de que me avergonzara de mis pensamientos, cuando aún podía recorrer a mi gusto las calles, sin esquivar escuelas y parques, sin cruzar de acera para evitar las miradas de las madres, siempre recelosas, a la defensiva, como tigresas. Ahora, en la pantalla del ordenador, mis palabras aparecen asépticas, ajenas, sin vinculación conmigo. No me inquietan ni me producen vergüenza. Puedo escribir sobre el tacto de objeto por estrenar que tiene la piel infantil; sobre el olor cálido, un poco picante, del sudor de los chiquillos cuando vuelven a clase después de corretear por el patio. Pulso las teclas, aparecen las letras negras sobre la superficie blanca, y ya está. No es mío ese pensamiento que mira el mundo desde la pantalla reluciente. Puedo darle vueltas, saborearlo, olerlo con la memoria, sin trabas, sin remordimientos, sin esas toneladas de vergüenza que he llevado a hombros durante años. Extraño niño, qué puerta cerrada has abierto en mi interior.

Viernes, 7.

He soñado con don Fidel. Llevo tantos años echando tierra encima de su recuerdo, que su imagen en mi sueño era una nebulosa aureolada por un pelo y una barba blanquísima. Me he entretenido observando cada detalle del despacho: de eso me acuerdo bien, la mesa de madera oscura, brillante, absurda en medio del mobiliario funcional de colegio; los dibujos de niños de varias generaciones, garabatos coloreados prendidos en un corcho entre horarios, circulares, órdenes ministeriales. Don Fidel ha dicho:

—Sólo el recuerdo de tu padre me impide sacar esto a la luz. —Y yo le he buscado los ojos y no se los he encontrado en medio de la masa blanquecina, cambiante, que ocupaba el lugar de su cara.

Me ha despedido varias veces, como en una sucesión de ecos, y he salido del despacho perseguido por su voz resonante:

—No quiero verte nunca más por aquí, agradece que tu pobre padre no puede verte ahora.

En el colegio de mi sueño, el pasillo estaba poblado de vocecitas cristalinas, hirientes, grititos

de ratón que saludaban y burlaban al conserje expulsado, y he caminado entre ellos con los ojos clavados en el suelo, cómo atreverme a alzarlos y a mirar las caritas relucientes, los mofletes llenos a rebosar, las miradas ingenuas y divertidas y crueles, las boquitas que mascaban como la más deliciosa chuchería la canción que me despedía y escoltaba:

—¡Joaquín, Joaquín, largo de aquí!

Me he despertado y he encendido la luz, y durante un tiempo he pensado que me ahogaba. Escribo ahora con dedos torpes, a trompicones sobre el teclado, y no puedo dejar de mirar la nota adhesiva, de color amarillo, prendida en la pantalla de mi ordenador: nueve cifras y debajo un mensaje en mayúsculas, *MAMÁ DUERME LA SIESTA*. Pero no, mañana es sábado y no voy a marcar ese número desde mi casa. Esperaré al lunes y quién sabe, solo una o dos conversaciones más. Quién me podría culpar, en esta época en que los chiquillos andan solos y perdidos, ya nadie tiene tiempo, ya nadie se toma la molestia de acercarse a ellos, de escucharlos, de conversar. Quién me culparía por indagar un poco más sobre este niño que está en casa cuando debería haber ido al colegio, que descuelga el teléfono porque su madre lo ha dejado solo o está ocupada, a saber en qué. Una madre que descuida de esa manera a su hijo y luego los dedos acusadores me señalan a mí. Pero esta vez no tendrán ocasión: sólo un par de llamadas, oír su voz alguna vez más. Luego romperé el papel amarillo en pedazos diminutos y me olvidaré para siempre.

Lunes, 10.

Es moreno, debe de serlo, pero con la piel muy blanca, estoy seguro, y tiene esos ojos azules un poco acuosos que en seguida se llenan de venitas rojas al menor esfuerzo, pero no a su edad, no todavía. No se lo he preguntado pero lo sé, su voz me lo dice, esa voz de cristal quebrado, como su frente, como sus mejillas, seguramente manchadas de forma muy tenue por unas pequeñas pecas que apenas se ven, habrá que acercarse mucho para distinguirlas. Yo le he explicado otra vez la excepcional suerte que ha tenido su mamá, al ser seleccionada de forma automática para acceder a un apartamento en multipropiedad del que podrá disponer con una sencilla operación, y el aliento se me iba mientras le hablaba y me caía el sudor frente abajo, y por el cuello, y he tenido que abrimme varios botones de la camisa porque el calor que sentía de repente amenazaba con asfixiarme. Él me ha escuchado en silencio, seguramente sin entender, y al final me ha soltado, con encantadora insistencia:

—Mi mamá duerme la siesta.

He mirado el reloj: las diez menos cuarto de la mañana. Nos hemos quedado callados unos segundos, como ya empieza a ser costumbre que hagamos, él con la respiración ronca, entrecortada, del que anda peleándose con un resfriado, yo con el aliento irregular del que desea con todas sus fuerzas extender la mano y tocar pero no puede. Entonces ha ocurrido algo distinto, y por primera vez se ha soltado a hablar sin que yo le pregunte, me ha explicado que a su madre le gusta tumbarse en el jardín bajo los manzanos, ahora tienen flores y están todos blancos, cuando dan frutas él se las come, le gustan tanto que a veces las arranca antes de tiempo y están verdes y le hacen daño en la tripa. Le he dicho que a mí me pasa lo mismo, sin tener muy claro si me refería a tumbarme en el jardín o a comer manzanas o al dolor de tripa. Él ha seguido hablando, su mamá tiene una hamaca y descansa horas y horas allí tumbada a la sombra; mientras saboreaba la vocecilla que se quebraba a mitad de cada frase, he mirado los ventanales cubiertos por cortinas gruesas, del color del polvo, y he recordado que allá afuera es ya primavera, y las flores han surgido como manchas por cualquier rincón de la ciudad, y los niños se ríen más fuerte y con más ganas.

Entonces lo he hecho, he dejado de interesarme por su mamá, le he preguntado si no va al

colegio y me ha dicho que no, le he preguntado si estaba enfermo y se ha quedado callado, con ese silencio pesado de su casa como telón de fondo; he sentido que la corriente de confianza de los instantes anteriores se interrumpía, como un flujo de agua que encuentra un obstáculo y se vuelve intermitente. Desesperado por no perderlo de nuevo, le he pedido que me diga cómo se llama y me ha obedecido, muy bajito, y las dos sílabas de su nombre me han cosquilleado en el oído. Es más corto que el de aquel otro; a aquel otro le habían puesto un nombre largo, solemne, ideal para el niño callado que se quedaba en un aparte en los recreos, comiendo el bocadillo con gesto grave y a solas, qué fácil para el conserje pasar a hacer una reparación justo por aquella esquina, y preguntarle, y hablarle, y darle confianza, hasta que el niño serio dejó de serlo y lo saludaba sonriente, no hablaba con nadie más en los recreos, solamente con el conserje, en aquel rincón oscuro del patio, cerca de la caseta de las herramientas.

Miércoles, 12.

Hace un calor impropio de la primavera, es imposible dormir. Me he tenido que levantar porque notaba las sábanas empapadas, y entonces he encendido el ordenador sin saber muy bien para qué. Llevaba meses sin conectarme a *internet*, y al ver la ventana blanca, reluciente, del buscador, he sentido como si abriera la puerta de mi casa y saliera desnudo a una calle abarrotada de gente. Me ha costado recordar las direcciones: estaban en el mismo rincón de mi cerebro que tantas otras cosas que me he esforzado por olvidar, el rostro airado de don Fidel tras la mesa de su despacho, los gestos recelosos de las madres del colegio, la carita llorosa de aquel niño de nombre largo y solemne el último día, cuando acudí a la caseta a recoger mis herramientas a toda prisa, con los ojos bajos, y no lo dejaron acercarse a mí. He intentado escribir las palabras mágicas en la barra de direcciones y me he confundido varias veces, mis dedos andaban torpes para atender a mis deseos, y tenía ya la respiración agitada de rabia y frustración cuando he atinado al fin con la combinación de letras y el paraíso se ha abierto delante de mis ojos. No sé las horas que he pasado navegando entre ellos: ojos inmensos, boquitas como flores recién abiertas, pieles de algodón. Sólo hay que tener cuidado de esquivar alguna visión indeseada: las niñas me repugnan, con sus ademanes y sus peinados de mujercitas enanas, con sus posturas de pequeñas coquetas deseosas de provocar; los niños no provocan nunca, los niños tienen los ojos ingenuos y están siempre en otra cosa, se fían de ti, se fían de la cámara, se dejan observar, y hasta cuando te estás abriendo camino por debajo de su ropa te miran sin darse bien cuenta de lo que está sucediendo. He pasado horas sumergido en esa inabarcable inocencia hasta que un ruido en la escalera me ha sobresaltado y he apagado el ordenador a toda prisa y he corrido a refugiarme en la alcoba, pobre estúpido, ahora casi me da risa pensarlo, debía de ser algún vecino madrugador pero a mí me ha llevado un buen rato recuperar el pulso normal y atreverme a encender el ordenador de nuevo. Ahora falta poco para que amanezca pero no me pesa la noche en vela, en unos minutos me meteré en la ducha para despejarme y me vestiré, correré al trabajo y haré unas cuantas llamadas, estaré esperando para marcar tu número y tal vez lo demoraré, niño extraño, así estaré más deseoso y tú lo estarás también, lo sé, sentado en esa casa silenciosa, al lado del teléfono, esperando.

Viernes, 14.

Esta mañana, en el trabajo, he sentido el inesperado impulso de pedir ayuda. Ha durado sólo un instante: hablaba con mi compañera de puesto sobre el fin de semana y le he preguntado qué pensaba hacer; está sola en España, a veces se une a un grupo de compatriotas pero se la ve siempre triste, solitaria, muy apurada en sus esfuerzos por llevar una vida animada. Ella me

contaba sus planes de baile el sábado y comida campestre el domingo, cuando me ha asaltado la tentación como un relámpago: iba a pedirle que nos viéramos, podríamos hacer muchas cosas, yo le enseñaría un Madrid que ni sospecha, así los dos dejaríamos de estar solos, así compartiríamos preocupaciones y confidencias y yo tal vez llegara a hablarle de un número de teléfono y una voz que me acaricia el oído. Pero justo entonces me he encontrado de frente con sus ojos, que son tan limpios, ingenuos como los de un animalillo, y la vergüenza se me ha caído encima y me he parapetado detrás de los auriculares y de la lista interminable de llamadas por hacer. No me creo capaz de contárselo. Tal vez por escrito sería más fácil, una carta, un mensaje por correo electrónico, una simple presión en una tecla y ya sería irreversible, ella tendría mi historia en su pantalla y yo habría establecido contacto con otro ser humano por primera vez en mucho tiempo, qué extraña sensación.

Lunes, 17.

Me ha dado sus señas. Ha sido una conversación breve, llena de sobreentendidos. Yo estaba tenso, nervioso, después de la separación del fin de semana, y habría jurado que él también. He sugerido que, para no molestar a su mamá, sería bueno poder mandarle unos documentos por correo. Se ha quedado callado unos segundos y yo he pensado que no me había comprendido, mejor así. Pero de pronto ha empezado a hablar muy deprisa, de carrerilla, y me ha recitado su dirección. Se ve que lo tienen bien enseñado: *Si te pierdes, busca a una persona mayor, mejor si lleva uniforme, le dices quién eres y dónde vives, no te vayas a olvidar.* Y el chaval no se olvida: calle y número de portal, nada de piso, es una casa, toda entera, con sus tres plantas, en ella viven él y su mamá. Lo he apuntado todo en la nota adhesiva que me acompaña desde hace dos semanas, no he sido capaz de decir más. Entonces me ha parecido oír su risa, y luego tal vez el ruido de algún juguete mecánico, pero yo sólo he oído *ven, ven*, repetido infinidad de veces por debajo del regocijo infantil, *ven, ven pronto*, y el ruego se me ha plantado en la cabeza como un repiqueteo imparable, no va a poder detenerlo ni el sueño, *ven, ven*.

Jueves, 20.

Llevo desde el lunes mirando sin parar el plano de la ciudad, esos dos puntos perdidos en la maraña de calles: su casa y la mía. Apenas unas cuantas estaciones de metro, unas pocas manzanas de edificios, unos simples cuadraditos dibujados en un plano, y en ellos se encierra el camino inverso al recorrido todos estos años, huyendo de los parques, alejándome de las verjas de colegios y piscinas como si quemaran. Pero esa voz que me resuena por dentro desde hace tres días: *Ven, ven pronto*. Y esas dos sílabas de su nombre, disfruto pronunciándolas a solas, sintiendo cómo llenan mi boca, saboreándolas como un caramelo que no pierde el gusto a fruta jamás, y miro la distancia en el callejero y me parece ridícula, un simple salto, una zancada, apenas un paso largo que resulta imposible no dar.

Viernes, 21.

He estado allí. Esta tarde, a la salida del trabajo. Es una calle amplia, poco transitada, con chalés idénticos: fachadas marrones, tres plantas, jardín por la parte posterior. El suyo parece más viejo que los otros, no lo han debido de cuidar mucho y tiene los muros ennegrecidos, necesitados de una limpieza. Me he apostado en la acera de enfrente y he esperado. Me ha dado tiempo a contar los ladrillos de la fachada, uno a uno. He visto volver del colegio a todos los niños del barrio.

Ninguno me ha interesado, no los he mirado apenas cuando me sorteaban con sus movimientos de cachorro, arrastrando sus carteras con ruedas. He visto luego el regreso de los trabajadores a sus casas y las salidas de amos llevando a sus perros al extremo de sus correas. Se me ha hecho de noche. En todo ese tiempo, no ha habido ni un movimiento en la casa. Por un instante, me ha parecido ver una silueta a través de una ventana del tercer piso, pero cuando me he fijado, sólo he visto la cortina que se movía. No he sido capaz de llamar a la puerta y me he marchado.

Sábado, 22.

He regresado esta tarde y sé que volveré a hacerlo. Son terribles los días de descanso: horas y horas resistiendo, intentando concentrarme en labores todas ellas aplazables, para al final caer en la tentación a la puesta de sol y salir huyendo de casa como si me persiguieran.

Esta vez he subido los tres escalones que conducen a la puerta de entrada y me he quedado ahí, esperando. Sé que él estaba escuchando desde el otro lado. He oído el ruido de un juguete mecánico, un coche o un camión, deslizándose por el suelo del recibidor. Casi he sentido su respiración, muy pegada, junto a la madera. Entonces lo he llamado en susurros, he pronunciado su nombre, para que me abriera la puerta. Pero en ese instante han sonado dentro de la casa unos pasos pesados, de adulto, y el cochecito mecánico se ha parado en seco, y yo me he asustado y he salido corriendo.

Mañana volveré, seguramente. Quiero y no quiero hacerlo. Lo deseo con todas mis fuerzas, igual que deseo que algo me lo impida, una enfermedad, un accidente doméstico, un coche que se salta un semáforo, una llamada urgente de algún familiar al que no veo hace años.

Pero, sobre todo, me gustaría que me lo impidieras tú, Gabriela. Ayúdame, si lees esto. Cuando termine estas líneas, voy a enviarte este diario que nunca pensé llegar a escribir. Cosas de los tiempos modernos: si tuviera que comprar sobre y sello y doblar las hojas y buscar un buzón, seguramente me daría tiempo de arrepentirme. Pero estoy sentado frente al ordenador, y mi destino depende de la simple acción de abrir el correo electrónico. Tan sólo pulsar una tecla, y tendrás mi diario, y a mí mismo, en tus manos. Tal vez estés en el locutorio en estos momentos, sentada frente a la pantalla, y el lunes me resulte imposible mirarte a los ojos, pero por favor, Gabriela, intenta comprender, no sé por qué te cuento lo que no le he contado a nadie, tal vez porque quiero que me impidas hacer lo que a estas alturas está claro que haré, o tal vez es sólo porque tienes los ojos limpios, tú eres como los niños, que se fían, que te miran y te aceptan y no te juzgan, y se dejan hacer.

## A espaldas de mamá

Qué diría mamá si supiera lo que ha estado haciendo todo este tiempo. Pero no hay cuidado de que eso suceda: mamá descansa debajo del manzano, en el jardín de atrás, y hasta allí no puede llegar el sonido dulcísimo de las palabras que él le susurra al auricular. Además, mamá duerme a todas horas. Está siempre muy cansada.

La primera vez que se atrevió a contestar al teléfono sin permiso, estaba nerviosísimo y ni siquiera entendió lo que le decían. Sólo podía oír, resonando muy fuertes, en el interior de su cabeza, las advertencias de su madre: *No descuelgues nunca el teléfono. No hables con extraños. Que no sepan que estamos aquí.* Al otro lado del hilo, alguien debió de decir algo, pero él no entendió ni una palabra y colgó, incapaz de hablar.

Durante un tiempo no se atrevió a desobedecer de nuevo y dejó sonar el timbre dos, tres, cinco veces, rezando para que el ruido no despertara a su madre. Por qué llegó un momento en que decidió volver a descolgar, eso es algo que él mismo ignora. El caso es que se encontró con una voz femenina, franca y cordial, que le preguntó por alguien a quien él no conocía. Hizo un esfuerzo y consiguió que le saliera la voz.

—No vive aquí —contestó, en un susurro.

La voz cordial se disculpó varias veces y dijo adiós con palabras amables. Él pensó: *A lo mejor mamá se equivoca. Hablar con desconocidos no es tan malo.* Casi sintió miedo de tener aquel pensamiento, de traicionar hasta ese punto la confianza de mamá. Pero mamá no tenía por qué enterarse.

Desde entonces, se apresura a descolgar el teléfono en cuanto suena. Suelen ser personas que se equivocan y se despiden en seguida, pero no siempre. A veces se detienen a hablar con él y preguntan por su mamá y le ofrecen cosas que no se comprenden bien. Es entretenido hablar con ellas. Es gente amable que se dirige a él llamándolo bonito y cariño y que promete volver a telefonar más tarde, cuando su mamá pueda ponerse. Son personas atentas pero se las nota con prisa, igual que las que se equivocan de número. A él le agrada hablar con todas ellas, sus voces son como caricias que le llegan a través del teléfono. Pero si alguna vez se ha alegrado de estar desobedeciendo a mamá fue al conocer al señor que no tenía prisa.

Él no lo llamaba constantemente cariño y cielo y amor, pero se le notaba muy amable, de otra manera. Sobre todo, porque aunque preguntara por su madre, parecía que no le importaba tanto como a las otras personas que ella no se pudiera poner. Porque al señor que no tenía prisa lo que le gustaba realmente era hablar con él. Es la primera persona en el mundo a la que le ha sucedido, después de mamá.

Qué diría mamá si supiera que él le ha dado la dirección a ese desconocido. Lo hizo deprisa y sin vacilar: para eso se la había aprendido de memoria. Él podría explicarle a su madre que el señor que no tenía prisa no era en realidad un desconocido, que habían hablado varias veces por teléfono, pero seguramente ella no lo comprendería. Tampoco debe saber que el señor se tiró una tarde entera plantado en la acera de enfrente, mirando la casa. Si mamá se hubiera asomado a la ventana, qué habría pensado. O si lo hubiera descubierto al otro día, cuando el señor subió los escalones hasta la entrada y se quedó muy pegado a la puerta de la calle, esperando. Mejor no

imaginárselo. Él se puso tan nervioso que sólo pudo sentarse en el recibidor, muy cerca de la puerta, deslizando el autobús mecánico sobre el suelo de parqué, adelante y atrás, adelante y atrás, y así hasta cien veces, para tranquilizarse. Respiraba muy agitadamente, y se decía a sí mismo entre dientes: *Mamá no sabe nada, mamá está en el jardín de atrás, mamá está dormida.* Entonces ocurrió algo extraordinario y el señor que no tenía prisa supo que él estaba ahí y pronunció su nombre. Él notó que el corazón le golpeaba hasta hacerle daño, y que le entraba una alegría tan grande e inesperada que tuvo que ponerse de pie y empezar a bailar allí mismo, dando piruetas por el recibidor, abrazado a su autobús de juguete, con el hombre desconocido al otro lado de la puerta.

De pronto se oyeron los pasos del señor que se alejaba y a él se le pasaron de golpe las ganas de bailar. Por qué se iba. Sería que tenía prisa, por una vez. Sintió una desolación tan intensa como su alegría de un minuto antes, pero en seguida se consoló. Y si el señor volvía al día siguiente. Seguro que volvía. Y si esa vez llamaba al timbre. Y si él le abría la puerta, sin que se diera cuenta mamá.

Le gusta mucho acordarse de ese instante, verse a sí mismo en el recibidor, jadeante y despeinado, planeando por primera vez en su vida la mayor de las desobediencias, abrirle la puerta a un desconocido a espaldas de mamá. Le gusta tanto ese instante que casi se olvida de lo que sucedió al día siguiente, cuando el señor volvió a acercarse a la puerta. Pero de eso ya no le gusta tanto acordarse.

## Un papel amarillo

Fue al día siguiente de la visita de los policías cuando apareció el papel. Era curioso: Joaquín llevaba apenas cuatro días ausente y ya nadie parecía acordarse de él en la oficina. Sólo la jefa rondaba nerviosamente su puesto vacío, como un ave que comprueba una y otra vez que alguien se ha llevado los huevos que dejó en el nido. Gabriela la vigilaba de reojo y perdía el hilo de la conversación, se encontraba repitiendo un dato que ya había dado antes varias veces, llamando señora a un anciano o dirigiéndose a la línea vacía porque su interlocutor se había retirado hacía rato sin que ella se diese cuenta. La asustaba todo en aquella mujer, la precisión rítmica de su taconeo, su manera aparentemente casual de dar pistas acerca de sus intenciones, como cuando ahora pasaba una y otra vez el dedo sobre la mesa vacía de Joaquín, en un gesto que sólo podía apuntar a la posibilidad de que le estuviera buscando sustituto. A Gabriela le resultaba inconcebible, además, la idea de que aquella máscara sin humanidad hubiera sido madre y sufrido una pérdida tan terrible; cómo sería ella si se le muriera su niño Rafael, adquiriría también esa mirada cortante y tendría la cara congelada, como privada de emociones, después de experimentar la más fuerte de todas. No consiguió concentrarse de nuevo hasta que la jefa regresó a su despacho y volvió a sentirse envuelta por el murmullo acogedor de las conversaciones de los puestos vecinos.

Entonces, a eso del mediodía, hizo su aparición el papel amarillo. La moqueta de la oficina estaba mal pegada y se levantaba bajo la mesa de Gabriela, era un nido de porquería y de objetos perdidos, ya lo tenía ella comprobado. A veces el zapato le tropezaba contra el pico levantado y ella se agachaba y extraía de aquel escondrijo natural un clip, varios bolígrafos, una goma de borrar. Así lo hizo aquella mañana de jueves, y lo que se encontró fue una de las notas adhesivas de Joaquín. En cuanto vio la esquina amarilla y cubierta de polvo supo lo que era; conteniendo la respiración, tiró de ella, la sacó y la cubrió de inmediato con la otra mano, como si fuera un tesoro que quisiera preservar de las miradas de los demás. Antes de tajarla así, tuvo tiempo de reconocer la letra pulcra, algo infantil, de su compañero. Se incorporó. Miró alrededor; nadie estaba pendiente. Entonces abrió las manos y leyó. En el papel amarillo había un número de teléfono, una dirección y una frase, escrita en letras mayúsculas: *MAMÁ DUERME LA SIESTA*.

Sintió que el corazón iba a salirse del pecho. No era una sensación extraña en los últimos días: la había experimentado la tarde anterior en el locutorio, mientras leía y releía hasta la saciedad el diario de Joaquín; la había sentido esa noche, cuando en sueños se le apareció su hijo Rafael, mirándola con expresión de adulto, reprochándole: *Pero mamá, y si le hacen daño a ese niño, es que no vas a decir nada*. Esa misma mañana, había entrado ya en el edificio del trabajo y se disponía a meterse a presión en el ascensor atestado de compañeros, cuando pensó que no podría resistirlo más y salió corriendo hacia la calle, en dirección a la comisaría más próxima. Al entrar, con el corazón dándole saltos mortales, se encontró con un mostrador y un policía sentado que la miraba con gesto interrogante. Por la mente de Gabriela pasaron en un segundo un sinfín de imágenes: Joaquín trayéndole un vaso de leche al sofá cama de su apartamento, con sus hombros hundidos, envuelto en un pijama de colores tristes, como de señor antiguo; su hijo Rafael amenazándola muy serio en sueños con su dedito, meneando la cabeza; la confesión de Joaquín

brillando en la pantalla del ordenador y ella leyéndola una y otra vez hasta aprenderla de memoria; el niño desconocido abriéndole la puerta a Joaquín, y después qué.

—Señora —la apremió el policía, sin demasiadas ganas.

Como un instante después ya estaba corriendo calle abajo, Gabriela no llegó a ser consciente de la excusa que había murmurado antes de abandonar la comisaría a toda velocidad. No paró de correr hasta que se dio cuenta de que había pasado de largo frente al portal del trabajo y tuvo que desandar el camino a toda velocidad, para no llegar tarde. En el ascensor se iba representando a su hijo Rafael, todavía más tajante que la noche pasada: *Pero mamita, cómo has podido callar, qué será de ese pobre niño, todo será culpa tuya.*

El papel amarillo apareció sobre las doce y media, y hasta la hora de comer no reunió valor Gabriela para marcar el número que estaba apuntado en él, pero colgó antes de que nadie llegara a contestar. *Esta tarde, esta tarde sin falta*, se decía mientras extendía sobre la mesa de trabajo las cosas de la comida, las servilletas, la botellita de agua, el bocadillo bien envuelto en un trozo de papel de aluminio que estiraba con cuidado para volverlo a usar una y otra vez hasta que se le rompía. Le costaba esfuerzo tragar; se terminó la bebida sin conseguir apenas dar un par de bocados. Dejó finalmente el bocadillo sobre el papel brillante y lleno de dobleces: parecía que lo hubiera mordisqueado un ratoncillo. No podía perder el tiempo, tenía que pensar, había que ordenar sus ideas, que tenía tan confusas. La pausa de la comida era un buen momento: algunos compañeros habían bajado a la calle, otros comían silenciosamente en sus puestos. Nadie tenía ganas de hablar, en aquella sala abrumada a todas horas por el resonar de decenas de voces.

Tenía que pensar. Qué sacaba ella de todo eso. O mejor: qué era lo correcto, lo mejor para todos. Lo mejor para Joaquín. Lo mejor para el niño desconocido. Tal vez Joaquín se hubiera avergonzado tanto de sí mismo que a esas alturas estuviera bien lejos, empezando una nueva vida, donde nadie supiera. En ese caso, ella tenía que averiguarlo, tenía que contactar con el niño del teléfono y cerciorarse de que todo estaba en orden. Pero y si no era así. Y si Joaquín andaba rondando al niño, y si iba a hacerle daño o se lo había hecho ya, ella era la única que sabía, ella tenía que actuar, tenía que alertar a los padres, no podía permanecer ajena aguantando a pie firme los chaparrones que en sueños o en la vigilia le dejaba caer encima el niño Rafael, cada vez más adulto y más terrible.

Fue la última en marcharse aquella tarde de jueves. Cuando ya estaba sola en la oficina, ordenó los papeles como hacía todos los finales de jornada, pero no se levantó. Respiró hondo y reflexionó antes de marcar el número. Qué podía ocurrir. Que no contestara nadie. Que contestara el mismo niño. Que contestara un adulto, una madre a la que se le adivinaran la ira o la tristeza en la voz. Un padre que se indignaría con razón al enterarse de que ella sabía y no había hecho nada. De pronto, tanta incertidumbre le pareció insoportable, así que marcó los nueve números de un tirón, muy deprisa. Hubo cuatro tonos de espera. Entonces, alguien descolgó.

No se esperaba una voz como aquella. Una voz que no era de niño ni de adulto, nada masculina, desde luego, pero femenina tampoco. Una voz cascada, afónica quizá, que parecía sonar desde muy lejos. Gabriela no supo qué contestar. El otro repitió su reclamo.

—Diga.

Esta vez la voz sonó aguda, infantil. Estaba claro: era un niño. Era el niño. Gabriela reaccionó al fin.

—¿Está en casa tu mamá, cariño?

El niño respiraba tan fuerte que casi era como tenerlo ahí cerquita, sentado en la silla de al lado. Murmuró una respuesta afirmativa y nada más; Gabriela tuvo que insistir.

—¿Te importaría decirle que se pusiera un momento al teléfono?

Entonces, la voz cobró fuerza para pronunciar una frase completa.

—Es que no se puede poner. Está durmiendo la siesta.

Gabriela se habría echado a reír por lo impropio de la respuesta, a esas horas de la tarde, de no haber sentido algo inesperado: un pinchazo, muy cerca del corazón. Aquella voz tan cercana le traía efluvios de muy lejos. Impulsada por una nueva urgencia, siguió hablando, lanzando preguntas, deseando oír más.

—Ya se lo he explicado al otro señor —decía el niño—. Al que estuvo llamando tantas veces. Mi mamá no se puede poner.

A través del hilo se oyó que el chiquillo lanzaba una exclamación, como si se le hubiera escapado algo que debía guardar en secreto. Se quedó callado, cauteloso. Gabriela habló muy despacio, con miedo de que aquel cabo que tenía frente a las manos se le escapara.

—¿Qué señor es ese, cielo? Cuéntame: ¿lo conoces?

El niño seguía en silencio. Gabriela comprendió que debía cambiar de tema y continuó hablando, toda mieles, temerosa de que la comunicación se cortara. Le preguntó por el colegio, quiso saber si le gustaba, cómo se llamaban sus compañeros, su maestra, su mejor amigo. El niño no dijo nada hasta que Gabriela le preguntó por sus juguetes. Entonces fue como si se le desbordasen las palabras: los soldados de plástico y el helicóptero que se había quedado sin hélice pero sobre todo el autobús, el autobús enorme con ruedas como de verdad, y mientras tanto Gabriela se sonreía, presa de una idea inesperada, casi le daba apuro pensarlo pero era inevitable, aquella voz quebrada le resultaba tan familiar, era como oír a su niño Rafael, pero no al que la sermoneaba en su imaginación sino al de siempre, con su cadencia tímida, con sus silencios, con esa inflexión desvalida que le rompía el corazón, domingo tras domingo, en el locutorio. Pero aquella voz, en cambio, sonaba tan cerca, era como si el aliento infantil le revolciera el pelo sobre la oreja.

—Pues si no te importa, cielo, vuelvo a llamar mañana.

La vocecita vaciló unos segundos antes de responder.

—Bueno, pero pasará lo mismo. No se podrá poner —contestó al fin, y concluyó, en tono confidencial—: Mamá siempre duerme la siesta.

Gabriela sintió frío de repente y cortó la comunicación sin decir más. Mientras doblaba la nota adhesiva para guardarla en la cartera, notó que las manos le temblaban un poco y se preguntó por qué; ella no estaba haciendo nada malo. Había dado un primer paso, y eso era importante: si se ganaba la confianza del niño podría sonsacarle, tal vez no fuera preciso hablar con ningún adulto para conocer la verdad. Además, esa voz dulce era una promesa, ya no la asustaba la perspectiva de tener que llamar al día siguiente, tal vez al otro.

De vuelta a casa, se puso a imaginar en el andén de metro a qué rostro pertenecería aquella vocecita un poco cascada. El niño desconocido tendría tal vez el pelo oscuro y lacio, igual que su Rafael, y miraría con timidez desde debajo del flequillo, como si se cobijara. A lo mejor tenía también los ojos un pelín achinados, con las pestañas muy largas. Abstraída en sus pensamientos, Gabriela sonreía, abriéndose paso en medio de la multitud que luchaba por hallar hueco en el vagón de metro. Y las manos, cómo serían. A ella le gustaban tanto las manos de los niños. Las de Rafael eran gordezuelas, aún no habían perdido sus hoyuelos de bebé. No los habían perdido, al menos, la última vez que ella pudo verlas, y de eso hacía ya mucho. Sintió que el corazón se le encogía y se revolvió, incómoda, en su sitio en medio del pasillo. Un pasajero que viajaba casi incrustado en sus costillas la miró con disgusto. Gabriela lo ignoró y luchó por concentrarse en la imagen de su hijo. El pelo oscuro y lacio, los ojos de chinito. Las pestañas, largas y gruesas. Los mofletes llenos a rebosar. Las manos tal vez con hoyuelos de bebé, todavía. Y las uñas, siempre

sucias. Sonrió. Cómo se enfadaba ella, qué batallas campales hasta que conseguía dejárselas bien limpias, qué llantinas mientras ella le sacaba la mugre almacenada, parecía mentira, unas manos tan chicas, y cuánta suciedad.

Esa noche soñó con un niño que era y no era a un tiempo su niño Rafael. Se le parecía por lo moreno y lo menudo, pero era como si una mano poderosa le hubiera cambiado los rasgos desplazándolos ligeramente por la cara diminuta: aquel niño del sueño tenía los ojos más separados e inclinados hacia arriba, menos tristes, las orejas no le asomaban tanto por los lados del cráneo, y la boca, que a primera vista podría parecer idéntica, sonreía con un gesto burlón que el niño Rafael desconocía. Aquel niño, además, no la reñía, sino que la miraba divertido, como llamándola, y ella en el sueño se peleaba por extender la mano para tocarlo pero era inútil, había como cien barreras de aire separándolos, y cuando al final parecía que lo iba a conseguir, zas, se despertaba.

Comprendió a la mañana siguiente, camino del trabajo, que la idea de hablar por teléfono con aquel niño que ya no le parecía un desconocido se le quedaba muy corta. ¿Y si se acercara a su casa a echar un vistazo? Al fin y al cabo, tenía la dirección apuntada en la nota adhesiva, y sería la mejor forma de cerciorarse de que todo estaba en orden. Tres estaciones de metro y un trasbordo, y ya lo tenía decidido: era una obligación moral, y además no iba a poder descansar de verdad por las noches hasta que lo hiciera. Mientras ascendía las escaleras en dirección a la salida, iba pensando que tendría que pedirle un callejero a uno de sus compañeros de piso, ella no sabía a qué parte de la ciudad correspondía aquella dirección que Joaquín anotó en el papel amarillo, era además un desastre para los planos, nunca sabía en qué sentido debía mirarlos, decididamente iba a tener que pedir colaboración.

Fue la primera llamada que hizo, al poco de llegar a la oficina. Se dio cuenta de que era tal vez demasiado temprano cuando oyó que su interlocutor tenía la vocecilla ronca, como si acabara de levantarse.

—Te he despertado, cariño —se disculpó.

El niño lo negó con su voz de campana resquebrajada; él llevaba ya un rato despierto, no como su mamá, que seguía durmiendo. Gabriela le hizo varias preguntas de cortesía, indagó sobre el colegio, tal vez tendría que estar ya preparándose, o acaso tenía la suerte de vivir tan cerca que podía salir de casa en el minuto final. El niño callaba al otro lado del hilo, con una respiración densa, pesada. Gabriela rio y cambió de tema: seguro que a su mamá le gustaban la ropa y las joyas, ella podía llevarle unos catálogos para que no tuviera que molestarse, así vería los productos desde casa, podría elegir lo que quisiera por las fotos, seguro que le iban a gustar.

La voz del niño pareció iluminarse a través del teléfono.

—Catálogos —repitió, en un eco maravillado—. Con fotos de colores.

—Con muchas fotos, sí —ponderó Gabriela.

Cuando le recitó su dirección lo hizo como el colegial aplicado que suelta la retahíla ante el maestro casi sin respirar, para evitar cualquier olvido. Gabriela lo escuchó sonriendo: era la misma dirección que tenía frente a ella, apuntada en un papel amarillo.

## El jardín de atrás

Esa tarde, a las seis y media, Gabriela subía los escalones que conducían a la puerta de la casa oscura de tres plantas. La reconoció en seguida y comprendió que era por la descripción que había leído en el diario de Joaquín: la hilera de chalés gemelos y de pronto la fachada ennegrecida, necesitada de una limpieza. Se dio cuenta de que no había vuelto a pensar en Joaquín desde hacía horas. Era como si la preocupación se le hubiera disipado, como si el problema hubiera empezado a solucionarse desde el mismo instante en que ella había tomado la decisión de intervenir. Un cosquilleo agradable le daba vueltas en el estómago cuando pulsó el timbre, que dejó salir un sonido grave, dificultoso. Esperó hasta que se oyeron unos pasos fuertes al otro lado de la puerta, y luego el ruidito de una chapa metálica, casi imperceptible. Alguien observaba por la mirilla. Gabriela sonrió.

—Buenas tardes. Aquí Gabriela Bernal, de Telemarketing y ventas por catálogo. Recién me dirigí a ustedes por teléfono, para traerles un muestrario de nuestros productos.

La persona al otro lado de la puerta tardó en reaccionar. Gabriela pensó: *Será la madre, estará enferma, le costará moverse*. Entonces la puerta se abrió lentamente, y una sombra ocupó todo el hueco. En el contraluz, Gabriela no pudo distinguir más que la silueta de un cuerpo monumental, esférico. Repitió su saludo.

—Buenas tardes. Soy Gabriela Bernal, de Telemarketing y ventas por catálogo.

Se dio tiempo antes de llamar señor o señora a aquel bulto amorfo que le interceptaba la entrada. El bulto no dijo nada. Gabriela se esforzó por aguzar la vista en la oscuridad del recibidor. Distinguió una cabeza enorme que culminaba un cuerpo de una gordura blanda, afeminada, pero comprendió que no se trataba de una mujer. Aquello no se lo esperaba. Un hombre, de edad indeterminada. Cuando la vista se le acostumbró al fin al contraluz, pudo ver un rostro ancho con unos ojos acuosos, abiertos de par en par, y una boca asombrada en forma de O. Todo en aquel individuo era redondo, un gigantesco círculo. Las mejillas no tenían rastro de barba y la mirada era inmóvil y estúpida, como de vaca. *Pobre hombre*, pensó Gabriela. Sonrió, compadecida.

—Buenas tardes —repitió muy despacio, esforzándose por hacerse entender—. Traigo unos catálogos, para la señora de la casa. ¿Puedo pasar?

El hombretón tardó unos instantes en comprender, pero al fin el rostro se le distendió en una sonrisa. Se apartó lo justo para dejar entrar a Gabriela. Visto de cerca, se notaba que era muy joven, tenía una piel casi infantil, tirante, sin una sola arruga. *Será un hermano mayor*, pensó Gabriela. *Pobre madre, pobre madre*. Se acordó entonces de la preocupación que tuvo ella misma en sus nueve meses de embarazo, no hacía más que rezar, *Virgencita, que tenga dos brazos y dos piernas, Virgencita, que tenga el corazón fuerte, y ojos sanos, y una buena cabeza para pensar y hacerse un hombre*. No se quitó el miedo de encima hasta mucho después de nacido Rafael, porque aunque el bebé estaba entero y tenía dos brazos y dos piernas, ella no sabía lo que albergaba aquella cabecita, y se pasó los primeros meses espiándolo a todas horas, pensando que se mataría si su niño al crecer se revelaba uno de esos que no aprendían a hablar nunca y seguían babeando cuando se hacían adultos. El muchacho desconocido la miraba anhelante y Gabriela tuvo

que hacer un esfuerzo para sacudirse aquellos recuerdos. Entró en la casa fingiendo aplomo. El espacio del recibidor quedaba tan reducido con aquel corpachón enorme que Gabriela se enganchó al pasar con el brazo de un perchero, que se tambaleó. El muchacho se adelantó torpemente para sujetarlo. Gabriela sonrió otra vez, agradecida. Se esforzó por hablar con normalidad mientras atravesaba el recibidor en dirección a la puerta que se abría al fondo.

—Antes hablé con un niño, ¿tu hermanito, tal vez? ¿Está en casa?

Ella misma olvidó su pregunta en cuanto entró en el salón. El cuarto era un caos de formas y colores: las paredes estaban cubiertas por un empapelado antiguo, de motivos grandes, floreados. Una cascada de revistas y folletos publicitarios ocupaba cualquier posible asiento, los almohadones del sofá, las sillas, un taburete pequeño de niño. El ambiente estaba cargado, olía a cerrado y a suciedad. Gabriela fingió no reparar en el desorden y la falta de limpieza.

—Con permiso —murmuró, mientras buscaba una esquina libre del sofá y hacía como si se concentrara en sacar catálogos de una carpeta. El muchacho la miraba de hito en hito, plantado en medio de la alfombra, sin decir palabra. Gabriela notó que los dedos le temblaban de indignación. *Esa madre, pensaba, por muy enferma que esté, cómo dejar a los hijos en este estado, y el pequeñín dónde estará, Dios mío, hay que hacer algo.*

Con voz bien modulada y una sonrisa que le costaba un triunfo mantener, Gabriela fue pasando las hojas de un catálogo frente a los ojos de su silencioso interlocutor, que se había sentado tímidamente a su lado. Luchaba por concentrarse a base de fórmulas profesionales y frases clichés, se daba tiempo para buscar una solución, pensaba: *Hay que hacer algo, Dios mío, hay que hacer algo, lo primero encontrar al pequeño.* Rastreaba con los ojos la habitación, buscaba signos de una presencia infantil y los encontraba por doquier: un asiento en miniatura, varias figuras de guerreros de plástico diseminadas por el suelo, un perro de peluche olvidado al pie del sofá. Al fondo de la sala descubrió una puerta entreabierta. Por la abertura se veía el arranque de una escalera que conducía al piso de arriba, y Gabriela aguzó los sentidos con la esperanza de percibir en cualquier momento un crujido, una sombra, un movimiento, un ruido de pisadas. Una mosca vino a posársele en la mano una y otra vez, con insistencia, y Gabriela la espantó de un manotazo. Junto a ella, el muchacho la miraba volver las hojas multicolores, embelesado.

Fue un rato desmesuradamente largo el que Gabriela dedicó a la absurda tarea de pasar páginas frente a aquel desconocido sentado sobre montañas de catálogos antiguos de todo tipo de productos, de electrodomésticos, de bisutería, de cosméticos, de ropa. El avance de los minutos parecía medirse por el aumento de las moscas, que ahora a pares, insistían en pasearse sobre su frente, en posársele en la nariz y en la boca. Había, además, otro motivo de inquietud: un olor desagradable, a basura, que se sumaba a la falta de ventilación y que procedía de algún rincón de la sala. Gabriela se armó de valor para hacer la pregunta clave:

—Y tu madre..., ¿está en casa, tu madre? Me gustaría mucho hablar con ella.

Sentado a su lado, el muchacho dijo que sí tímidamente con la cabeza. Se quedaron los dos mirándose, y en el silencio que cayó sobre la habitación por primera vez desde la entrada de Gabriela, se oyó claramente el zumbido de las moscas. Gabriela miró hacia atrás y estiró el cuello por encima del respaldo del sofá, siguiendo el ruido de los insectos. Había una silla en un rincón, pegada a la pared, y debajo de ella, en el suelo, descubrió una lata de comida abierta sobre la que revoloteaba una bandada de moscas con el abdomen hinchado y brillante.

Gabriela se puso en pie de un salto. El catálogo que descansaba sobre su regazo se deslizó hacia el suelo. Quiso decir algo y no pudo; se atusó una y otra vez la falda, con dedos nerviosos.

—Tengo que hablar con tu madre —consiguió articular al fin, y la voz le tembló de ira.

El muchacho se había levantado también y la miraba asustado, sin decir nada. Gabriela luchó

por hablar en un tono más suave.

—Tú no tienes la culpa. No te preocupes, cariño.

El muchacho sonrió, tal vez sin comprender gran cosa. Estaba alhelado contemplando el rostro de Gabriela; los ojos se le quedaban colgados de su melena, de su cuello, de sus labios. Gabriela echó a andar decidida hacia el fondo del salón, atravesó la puerta entreabierta y se encaró con la escalera. Sintió que la dominaba una resolución hasta entonces desconocida en ella. Había empezado ya a subir, cuando de reojo captó un movimiento que la hizo detenerse. Se volvió e inspeccionó el piso de abajo desde la altura del cuarto escalón. El pequeño rellano al pie de la escalera terminaba en una puerta de cristal que parecía ahumada a causa de la suciedad. A través de ella se podía ver una confusa masa verde formada por ramas entrelazadas, hojas que se desbordaban y apelmazaban contra la puerta, como si llamaran para entrar en la casa. Era allí, en medio de ese laberinto vegetal, donde Gabriela acababa de captar el movimiento rápido de una figura vestida de blanco. Pensó: *El niño*. Volvió a bajar los escalones, se dirigió hacia la cristalera. Apoyó la mano en el picaporte y empujó.

El jardín de atrás era una confusión de plantas que parecían habitar en todas las estaciones simultáneamente. El suelo estaba cubierto de hojas, unas secas y otras a punto de pudrirse; había arbustos rebosantes de vida, otros mustios y con las ramas desnudas. Para salir desde la casa había que defenderse con ambos brazos: aquella vegetación que llevaba largo tiempo sin ser podada se resistía a ceder el paso a los humanos, atacaba con ramas y pinchos, se colaba por los ojos y las orejas, como buscando convertirse en única propietaria. Un fuerte olor a podredumbre y a humedad lo inundaba todo.

Gabriela avanzó, casi tapándose el rostro con los antebrazos. Bajo sus pies, se oía el quejido de las piedrecillas del sendero. Aquel pasadizo vegetal que comunicaba la cristalera con el jardín parecía no tener fin. La guiaba una mancha blanca que ocupaba el horizonte y que apenas podía ver, porque en cuanto se descubrían los ojos, espinas, brotes y tallos se colaban para arañarla. Más por oírse a sí misma que con la esperanza de ser respondida, se obligó a decir, en voz alta y firme:

—Perdón..., ¿hay alguien ahí?

Nadie contestó. Gabriela aguzó el oído: un ruido sin identificar, tal vez el batir de un ala, tal vez una tela que se agitaba. Y de pronto, una bocanada de aire en la cara, y la sensación de quedar libre de las garras amenazadoras de los arbustos. Se quitó los brazos de delante de los ojos y miró alrededor. Había salido del túnel, era libre para ver y hablar y moverse por el jardín. Frente a ella, se desplegó en ese instante una deslumbrante masa blanca, como un gigantesco abanico.

Era un árbol cubierto de flores, un cerezo, un manzano, un almendro tal vez. Debía de ser tan antiguo como la casa: tenía un tronco fuerte y retorcido, ramas rugosas que apuntaban al cielo como una mano. Gabriela avanzó sonriendo. El hijo pequeño debía de estar en ese sitio tan hermoso, tenía que estar allí. Lo llamó:

—Pequeñín... no te asustes. Déjame que te vea.

En ese momento, ocurrió de nuevo. Un movimiento rápido, el sonido de una tela que se agitaba, veloz como un látigo. Una silueta blanca que se alzó frente a sus ojos y se volvió a escabullir. Gabriela casi se echó a reír y avanzó en dirección al tronco del árbol florido. Atada a su tronco y al de un vecino, una hamaca medio rota se mecía a merced del viento. Uno de sus jirones acababa de levantarse violentamente, había perdido fuelle en lo alto y había vuelto a caer. Gabriela extendió la mano y tocó la tela gastada, mecida por el viento de cien otoños, mojada por mil tormentas. Sus pies tropezaron en un montículo de tierra informe, una especie de cordillera en miniatura, debajo de la hamaca. Gabriela miró alrededor. ¿Habría creado el niño aquel desnivel a base de acarrear tierra con su cubo y su pala? No había rastro de él en el jardín, ni el sonido de su

voz, ni el ruido de una carrera infantil entre las ramas. En ese momento sopló la brisa y el árbol dejó caer sobre la cabeza de Gabriela una cascada de pétalos blancos. Entonces oyó un ruido a sus espaldas y se volvió: era el hijo mayor, que se acercaba aplastando las piedrecillas del sendero de grava con sus pies enormes, arrastrando tras sí un catálogo al que se le iban adhiriendo las hojas muertas.

## Un desconocido tras la puerta

Qué bonitos los catálogos. Con esas hojas brillantes llenas de fotografías en color. A mamá también le gustan, estaría encantada de verlos, pero no, cómo ha podido pensarlo ni por un instante, qué diría mamá si descubriera a una desconocida sentada en su sofá, con él al lado, y más aún si la viera saliendo por la puerta del jardín.

Pero mamá no siempre fue así. No siempre tuvo miedo a los desconocidos. Él recuerda, y de eso debe de hacer mucho tiempo, cuando salían los dos a la calle, cogidos de la mano, y se sentaban en un banco del parque. Alrededor de ambos pululaban los otros chiquillos. Él quería imitarlos, y se volvía loco de alegría al oír sus risas y sus gritos, y mamá lo animaba para que echara a correr detrás de ellos. Nunca los alcanzaba. Los niños huían de él y corrían tan rápido que se quedaba siempre solo, jadeando, sentado en el suelo. Había madres que acogían en sus brazos a los niños que escapaban despavoridos y se volvían hacia él para decirle con amabilidad helada: *Déjalo, bonito, el nene no quiere jugar*. Entonces era él quien huía hacia el banco donde lo esperaba mamá, que también lo rodeaba con los brazos y lo consolaba.

—No importa, no importa, jugamos tú y yo, no necesitamos a nadie más —decía ella.

A lo mejor fue por esa época, él no se acuerda bien, cuando el hombre de las piernas largas llegaba todas las tardes y subía cansado los tres escalones de la entrada. Él se aferraba como un loco a aquellas piernas, temblando de la emoción, hasta que una mano enorme descendía para apartarlo con firmeza, y él se ponía a llorar de los puros nervios, y al final intervenía la madre:

—Deja a papá, que está cansado.

El hombre rara vez le decía nada, y a él en seguida lo metían en la cama. Hasta que una tarde, las piernas largas no subieron los tres escalones de la entrada. Y tampoco a la tarde siguiente. La madre debió de tomárselo mal, él no se acuerda bien, de eso hace mucho tiempo. Tal vez fue entonces cuando dejó de cortarse el pelo. Se parecía cada vez menos a las otras madres del parque, llevaba la melena de color paja muy larga y enredada, y lloraba tanto que fue como si las mejillas se le quedaran descoloridas. Fue en esa época cuando los muchachos del barrio comenzaron a escoltarla por la calle. Ella se defendía haciendo movimientos bruscos, dando unos manotazos nerviosos que en realidad no alcanzaban a nadie, pero los chicos eran como una nube de insectos que regresaba siempre. La llamaban a gritos: *La madre del monstruo, la madre del monstruo*. Ella empezó a salir sola, lo dejaba encerrado en casa y caminaba por la calle mirando furtivamente a un lado y otro, como un soldado que se sabe rodeado de enemigos. Empezó a enseñarle: *Nunca abras la puerta, nunca contestes al teléfono, nunca digas a nadie dónde vives*. Se volvió muy asustadiza. Cuando sonaba el timbre de la calle, se quitaba las zapatillas y se acercaba sin producir el menor ruido, pegaba el ojo a la mirilla y se quedaba inmóvil, observando. Era ese el momento en que él sentía un pánico insoportable: el cuerpo de su madre separado apenas por un panel de madera del de un desconocido, respirando ambos casi al unísono, tan cerca el uno de la otra que era un milagro que el extraño no derribara el obstáculo de un puñetazo para hacerle daño, para hacerles daño a los dos.

Luego mamá dejó de salir de casa y empezó a encargarse todo lo necesario por teléfono. La compra la traían una vez al mes unos repartidores en una furgoneta enorme, descargaban las cajas

con los comestibles y mamá les ordenaba que las dejaran en el recibidor, para que no entraran hasta la cocina. Después almacenaba la comida en los armarios, colocaba las latas unas sobre otras, formando construcciones gigantes que parecían rascacielos. Era divertido. Aunque no comían demasiado, mamá seguía pidiendo cada vez, y las latas nunca se agotaban. También le gustaba mirar catálogos y elegir vestidos y muebles y ropa para la casa. Eran las únicas conversaciones que sostenía, siempre por teléfono: la talla, el modelo, el color, y el montón de números en fila que trae esa tarjeta mágica con la que se puede comprar sin dinero. Luego se preparaba para recibir el encargo, abría y cerraba tan deprisa la puerta que el transportista no llegaba a verle la cara. También le gustaba pedir cosas para él. Siempre se andaba quejando: *Cuánto creces, cuánto creces, para ya*. Pero se la veía orgullosa, eligiendo ropa para su hijo en la sección de adultos del catálogo.

Él ha aprendido a espiar el mundo desde el ventanuco del tercer piso. Sabe que las mujeres que pasan por la acera con niños cogidos de la mano los llevan a un lugar llamado colegio, que está lleno de chicos malintencionados y tiene un patio con estructuras de hierro amenazadoras, así que es un lugar adonde él no quiere ir. Mamá ha hecho bien en no llevarlo. Claro, que desde que mamá empezó a estar tan cansada y a dormir a todas horas, a él el día se le hace largo, no tiene a nadie con quien hablar, y ha tenido que ponerse a fantasear con eso de que los dormitorios de la planta de arriba están ocupados, el del fondo es el de mamá, aunque hace mucho que no lo usa, desde que ha decidido que se descansa mejor en el jardín, debajo de las flores del manzano. A las otras puertas les ha ido poniendo nombre y se ha inventado una historia para cada uno de sus habitantes: es divertido acercarse a ellas como si fuera de visita, primero llama con los nudillos, muy cortés, y pregunta si se puede pasar, y casi juraría que hay voces que le responden desde dentro, de mujeres, de ancianos, de hombres maduros. De niños no. Los niños se ríen de él y murmuran, cabeza con cabeza. No hay niños, en su colección de visitas del piso de arriba.

Nunca habría desobedecido a mamá si no se hubiera sentido tan solo. Pero mamá se ha echado a dormir una siesta larga, larga, de la que no despierta. Él come latas que le cuesta mucho abrir, con frecuencia se corta los dedos, y recorre la casa detrás de un autobús mecánico que mamá le encargó por teléfono. Cada vez que pasa frente a una de las puertas del piso de arriba, saluda a su habitante imaginario. Primero da dos golpecitos: toc-toc. Luego saluda: *Buenas tardes, María. Buenos días, Simón*. La puerta de mamá se ha quedado de par en par desde que ya no se usa. Una vez oyó que se cerraba de golpe y acudió a toda velocidad, tan emocionado que casi tuvo un percance grave con las escaleras. Pero al abrir el dormitorio de mamá, vio que no había novedad alguna. La cortina se agitaba, muy fuerte: había sido cosa del viento. Al ir a cerrar la ventana, vio a través del cristal el manzano cubierto de flores, y supo que su madre seguía durmiendo allí abajo. Siempre durmiendo en el jardín de atrás. Por eso no se ha enterado de sus conversaciones por teléfono con el señor que no tenía prisa. Pero no, no, de eso no le gusta acordarse. Le da tanta rabia que se golpea la cabeza una y otra vez cuando le viene el recuerdo. Estaba tan feliz de haber encontrado a la primera persona que se interesaba por él, después de mamá. Y entonces, por un momento, resultó que mamá tenía razón. Quién iba a esperar algo así de un señor tan amable, que no tenía prisa nunca. Cuando le abrió la puerta, pensaba que aquel iba a ser un momento al menos tan feliz como cuando llegó por correo su autobús mecánico, mucho tiempo atrás. Pero no. El señor que no tenía prisa apareció en el umbral, y no era demasiado alto, y tenía los ojos muy negros. No se lo había imaginado así. Tampoco de ninguna otra manera. Se miraron en silencio, sólo un instante. Pero fue suficiente para que en los ojos del hombre se dibujara una expresión que él conocía bien. Era la misma que tenían los niños cuando huían aterrados de él en aquel parque lejano, entre los columpios de colores. Y a él le pareció oír en ese instante las palabras de mamá:

*Cuidado con los desconocidos, sólo quieren hacerte daño, no los dejes entrar.* Y él no lo dejó entrar. Fue un movimiento rápido, instintivo. Luego lo repitió más veces, con el hombre ya tumbado a sus pies, pero lo hizo casi sin darse cuenta. Estaba asombrado de lo que sucedía. Los últimos golpes los dio con el autobús contra el suelo, junto a la cabeza del desconocido. Cómo golpearlo más, si se le había borrado por completo la expresión de horror y volvía a ser el hombre suave del teléfono, el que quería hablar sólo con él, el hombre que no tenía prisa.

Desde aquel día, hay alguien más en el jardín de atrás. Mamá no se ha enterado: duerme muy profundamente. Es un bonito sitio para quedarse, con el manzano en flor, con la hamaca y la piscina. Además, él sabe que al señor que no tiene prisa le gusta mucho el agua. Se lo contó él mismo, por teléfono. Llevarlo allí es una forma de hacerse perdonar por si le hizo daño; él no tenía esa intención, y cuando ve que el autobús se ha quedado abollado se acuerda de pronto y de los nervios que le entran se da golpes a sí mismo en la cabeza, no quería hacerlo, no quería hacerlo, no quiere recordar. Menos mal que el señor no parece guardarle rencor; se le ve tan tranquilo, de nuevo. No cabe duda de que le gusta el jardín, de que le gustan las flores del manzano y la piscina. No es extraño. Mamá siempre lo ha dicho. Es el mejor lugar del mundo para descansar.

## Sobre el agua

Hay una piscina a la derecha. Una piscina que nadie usa hace tiempo. Está rodeada de piedras desgastadas, llena de agua oscura, con la superficie cubierta de hojas y pétalos blancos. A Gabriela los latidos del corazón se le agigantan. Le tiene pánico al agua. En tropel acuden a su cerebro imágenes que nunca ha visto: el hijo de su jefa hundiéndose en la piscina, su niño Rafael dando boqueadas en un río, allá en Bolivia, tan lejos que ella no puede salvarlo.

Un pensamiento terrible la obliga a acercarse a pasos lentos a la superficie oscura y amenazadora. Los niños se ahogan con facilidad. Son tan comunes los accidentes en las piscinas. Quiere acercarse y no quiere; preferiría no enterarse y, sin embargo, necesita saber. Le gustaría gritar, en ese instante. Dónde está esa madre, que no vigila a sus hijos, que tiene sin protección a ese monstruo terrible, lleno de agua.

Hay algo flotando en la superficie, bajo una capa de flores blancas. Es un cuerpo oscuro; por un momento, ella se había imaginado, casi había creído ver, al niño pequeño vestido de claro. Con las piernas muy rígidas, Gabriela pisa las losas desgastadas del borde y se inclina sobre el agua. Entonces lo reconoce. No es el niño.

Lo primero que piensa es que se le ve tranquilo, tumbado boca arriba mirando al cielo, meciéndose dulcemente en su lecho de flores y agua. Joaquín nunca tuvo esa expresión plácida cuando estaba vivo. Gabriela lo mira embobada, incapaz de comprender ella misma lo que está sintiendo. Murmura: *Y la madre. Y el niño. Dónde están.*

Con esfuerzo, aparta los ojos del cuerpo del hombre que flota en la piscina. Barre con la mirada el círculo de árboles, la espesura que se cierne alrededor. Se encuentra con la hamaca, agitada por el viento. Desde este ángulo, el montículo de tierra de debajo tiene la forma de un túmulo. Gabriela se estremece. Un pensamiento la asalta, veloz como un rayo: *Mamá duerme la siesta.*

Echa a andar, muy despacio. Decide: *Voy a correr.* No puede hacerlo. Muy lejos, al otro lado de una eternidad, se abre el túnel que atraviesa la vegetación hasta la puerta de la casa. Quiere alcanzarlo, recorrerlo sin protegerse, sentir que las plantas se confabulan para arañarla, con tal de sentir algo. Oye un ruido que le parece extraordinario, y comprende que es su propia respiración. Ha logrado llegar al sendero de grava. Se dice: *Voy a correr.* Por fin puede hacerlo, y emprende la carrera accionando con esfuerzo sus piernas, que se han vuelto de plomo. En ese instante siente un golpe en el tobillo que la hace tropezar y cae hacia delante sobre el sendero. Se queda a cuatro patas en el suelo, sintiendo que las piedrecillas se le clavan en las rodillas, y aunque el dolor que la asalta es insignificante, los ojos se le llenan de lágrimas. Con la vista nublada, ve el objeto con el que ha tropezado: es un autobús de metal medio abollado que se ha puesto en marcha con una trayectoria torcida y avanza renqueando hacia la cristalera. Piensa: *El niño, el niño, tengo que encontrarlo.* Y en el momento en que va a ponerse de pie, oye una vocecita que dice:

—No podemos hacer ruido. Mamá está durmiendo la siesta.

Ahí delante está el niño. Parado en mitad del camino que conduce a la puerta, coronado por una bóveda vegetal. Por un momento, cuando él se inclina para recoger el autobús de juguete, Gabriela experimenta la ilusión de que es pequeño, de que lo tiene a su misma altura, agachada como está sobre el suelo de grava. Pero el niño se yergue y ocupa con su cuerpo enorme todo el espacio en

medio de la maraña de plantas, y el sendero se queda a oscuras. Lleva sujeto aún un catálogo abierto y arrugado. Gabriela se nota húmedas las manos: son sus propias lágrimas. Se deja caer hasta sentarse en el suelo. Mira al recién encontrado niño y este la mira a su vez, con ojos ilusionados. La vocecita infantil vuelve a sonar.

—¿Por qué ya no sonrías? Yo quiero que sonrías. Como cuando mirábamos catálogos. No quiero que mamá tenga razón.

Habla mientras avanza hacia Gabriela, abrazando el autobús mecánico contra su cuerpo enorme. El catálogo se ha quedado en el suelo, varios pasos más atrás. Gabriela deja caer la cabeza sobre el pecho y una nube de pétalos blancos revolotea frente a sus ojos. El niño está ahora muy cerca. Añade, casi en un susurro:

—No quiero que pase como con el otro señor. No quiero que te duermas.

Edición en formato digital: 2014

© Beatriz Olivenza, 2014

© De esta edición: Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

[algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN ebook: 978-84-9877-970-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del

Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.literaria.algaida.es](http://www.literaria.algaida.es)

# Table of Contents

- [1. Niños](#)
  - [2. Un sitio vacío](#)
  - [3. Diario de abril](#)
  - [4. A espaldas de mamá](#)
  - [5. Un papel amarillo](#)
  - [6. El jardín de atrás](#)
  - [7. Un desconocido tras la puerta](#)
  - [8. Sobre el agua](#)
- [Créditos](#)

# Table of Contents

- [1. Niños](#)
  - [2. Un sitio vacío](#)
  - [3. Diario de abril](#)
  - [4. A espaldas de mamá](#)
  - [5. Un papel amarillo](#)
  - [6. El jardín de atrás](#)
  - [7. Un desconocido tras la puerta](#)
  - [8. Sobre el agua](#)
- [Créditos](#)